

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.— ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE.—SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA.—AL CATUCHE.—LA LUNA Y LA TARDE.
Á LA MUERTE.

LA NAVE.

Á EMILIA, MI HERMANA.

¿Por qué lloras? Deja el llanto.
¿Qué es mi ausencia sino el vuelo
De un ave, al alba? Y en tanto,
¿No nos cubre con su manto
Por doquiera el mismo cielo?

No merece tu plegaria
¡Oh alma llena de piedad!
Mi nave, aunque solitaria:
Hay otra á quien más contraria
Amaga la tempestad.

Y, al mover tu ruego amigo,
¿Piensas que me alejo á solas,
Piensas que no vas conmigo,
Porque está en tierra tu abrigo
Y mi casa va en las olas?

Todos al par tripulantes
Somos de un mismo bajel;
Todos somos navegantes:
Los guerreros, los farsantes,
Arador y timonel.

Tanto dice, tanto encierra
Contemplar en desvarío

Las estrellas del vacío,
Desde un puente de la tierra
O en el puente de un navío.

Engaña el tiempo en el mar
La ociosa tripulación
Con la danza y el cantar;
Quién tira el oro al azar,
Quién juega su corazón.

Ve la gran nave que nada
En el éter cristalino:
Ciencia, gloria, cetro, espada
¿Qué son en nuestra jornada?—
Pasatiempos del camino.

Pena ó placer, dan lo mismo;
Al que muere y al que vive
Quebranta igual paroxismo;
Todos van sobre un abismo,
Hasta que el bajel arribe.

A todos nos lleva á un puerto:
Todos tributo pagamos
Al gran mareo, ello es cierto;
Pero juntos todos vamos,
Quién dormido y quién despierto.

Sí, no habrá al fin del viaje
A la voz de «¡tierra!» sordo.
¡Ay! ¿qué ha de ser, al enlaje,
Cuando suelte su ropaje
La mascarada de á bordo?

¿Qué del traidor, del falsario?
¿Qué del que sangre vertiera?
¿Qué de tanto victimario,

Cuando, en la mano el sumario,
Halle al juez en la ribera?

¿Qué del mundo, si provoca
Las justas iras del cielo
Con saña blasfema y loca,
Y, cual disparada roca,
Al caos arrebatara el vuelo?

Di si aún temor por mí cabe
¡Oh alma llena de piedad!.....
Esa jornada es la grave:
Ruega más bien por la nave
Que lleva la humanidad.

(A bordo del *Rhone*, viniendo de América.)

SOBRE UNA TUMBA.

¡Qué cerca y al par qué léjos
Están la muerte y la vida!
El espesor de esa piedra
Cuán hondo misterio implica!
De ella abajo todo es noche,
De ella arriba todo es día.
De ella abajo está la muerte,
De ella arriba está la vida,
Día y noche, vida y muerte
Separa sólo una línea;
Y ésa es la sola distancia
Para la cual no hay medida.

AMOR É INOCENCIA.

*The night-dew that falls, though in silence it weeps,
Shall brighten with verdure the grave where he sleeps.*

Dos tesoros no más preció en la vida:
Su perdida inocencia, su amor muerto.
Así, pulsando el arpa, en voz sentida
Esto cantó á las brisas del desierto:
« Cuando la noche que anubló tu frente,
Con su denso crespón cubra la mia,
Y el mundo á que voló tu alma inocente
Abra ante mí su misteriosa via;
¿ No hallaré, como el nauta en el ocaso
Del héspero, ya oculto el sulco leve,
Una fúlgida huella de tu paso,
Que, guiando mi alma, á tí me lleve?
De esos ojos tan puros, cuya lumbre
Me hablaba de los ángeles y el cielo,
¿ No veré yo la dulce mansedumbre
En las santas regiones del consuelo?
¡ Oh bienandanza, oh dicha verdadera,
Si allá, anudando la infantil historia,
Revolar otra vez en mí sintiera
Los sueños del amor que fué mi gloria!

Y no ofende á los cielos mi delirio :
Mi amor, al sol del trópico emulaba ;
Mas su llama era pura como el cirio
Que brilla ante el altar y en él se acaba.

Dilo, oh santa inocencia, que cubrias
Con tus alas de ángel nuestra frente,
Y las puertas del cielo nos abrias,
De amor y beatitud la faz riente.

Casta inocencia, fuente bendecida,
¿Quién me enturbió tu linfa sosegada?
¿Y á tí ¡oh dolor! quién te marcó la vida
De la frágil violeta, en flor tronchada?
¡Oh Eden perdido! ¡Oh escurecida llama!

Hoy vierto desolado el llanto mío,
Como ciprés que en soledad derrama
Sobre ignorada tumba su rocío.

Mas el rocío del ciprés, clemente,
Vida infunde en redor con su frescura;
Y musgo y flores en festón luciente
Visten la abandonada sepultura.

Al riego de las lágrimas que vierto
Fenece todo en torno; y su inclemencia
Dice á mi corazón que todo ha muerto,
Muertas ya para mí tú y mi inocencia.»

AL CATUCHE⁽¹⁾.

ELEGÍA.

Pues si no yo, ¿quién á tu márgen muda
Vendrá, donde se asienta,
La faz grave y ceñuda,
La veste polvorienta,
El estrago, y apenas tu auge cuenta?

Llama al mortal la soledad en vano;
Tras el placer sin freno
Otra voz no oye insano,
Aunque más de ella el seno
Del acento de Dios palpita lleno.

Ya de verdor y pompa te cubrias;
Hoy el dolor te viste:
Ya alegre discurrias;
Ni muestras lo que fuiste,
De quebrantado y silencioso y triste.

Apénas tus ruinosas hondonadas

(1) Rio, hoy casi exhausto, que corre al norte de Caracas, extremo en donde sembró más ruina el terremoto de 1812.